

## Familia y desarrollo P. José Granados, dcjm

### 1. Una crisis de futuro

En uno de sus famosos cuentos, el escritor italiano Dino Buzzati narra la historia de un príncipe que, acompañado de siete caballeros, marcha a explorar las fronteras lejanas del reino<sup>1</sup>. Los jinetes que van con él son mensajeros que, según avanza su ruta, envía de regreso a la ciudad de origen, llevando nuevas del viaje; de allí parten de nuevo para darle alcance, trayéndole noticias de casa. Como resulta que los confines, inexplorados, son muy amplios, el caballero lleva ya años de marcha. Y años son los que cada caballero tarda en llevar y traer su misiva. Por eso nuestro príncipe decide un día no enviar ya más noticias a la ciudad natal. Y toma una decisión: desde ahora mandará los mensajeros por delante de él, para que le traigan nuevas de las tierras aún inexploradas. Lo que le atrae y fascina es la futura frontera, que sueña con atravesar:

Una ansia desacostumbrada, desde hace tiempo, se enciende en mí al caer la tarde, y no es tanto la pena por los gozos dejados atrás, como ocurría en los primeros tiempos del viaje; se trata más bien de la impaciencia de conocer las tierras ignotas a que me dirijo. Voy notando [...] cómo de día en día, a medida que avanzo hacia la improbable meta, irradia el cielo una luz insólita como nunca ha aparecido, ni siquiera en los sueños; y cómo las plantas, los montes, los ríos que atravesamos, parezcan hechos de una esencia diversa de la nuestra y el aire traiga presagios que no sé decir<sup>2</sup>.

Este relato puede servirnos de parábola para entender cómo se ha entendido el progreso. La época moderna ha inaugurado una nueva percepción del tiempo. Ocurría como si la historia, hasta entonces estática, preocupada por recoger la tradición y repetirla, se pusiera por fin en marcha para explorar tierras nuevas. Poco a poco el hombre se iba distanciando del origen; las noticias del pasado se hacían escasas e incapaces de orientar por las nuevas rutas. ¿Qué sabían en la patria de las tierras desconocidas que debían explorarse? Lo que atraía, más bien, eran los mensajes que llegaban del futuro; esos caballeros que eran capaces de explorar el porvenir.

---

<sup>1</sup> Cf. D. Buzzati, “I sette messaggeri”, in *Opere scelte*, Mondadori, Milano 1998, 597-601.

<sup>2</sup> *Ibid.*

¿Y quiénes eran tales mensajeros? Podemos identificarlos con los avances de la ciencia y la técnica, que desvelaban horizontes venideros. El camino del porvenir no se descifraba mirando al pasado, en los mapas proyectados por los antepasados, sino confiando en el progreso continuo de las ciencias, que irían cada vez conociendo mejor el mundo y permitiendo mayor dominio sobre él<sup>3</sup>. El progreso tecnológico tenía un carácter profético: desvelaba el destino del hombre.

Hoy los límites de este ideal resultan claros. En efecto, sabemos muy bien que un mero avance tecnológico no basta para asegurar un futuro bueno. El progreso científico significa también, como ha notado Benedicto XVI citando a Adorno, el progreso desde el tirachinas a la bomba atómica<sup>4</sup>. Dado que todo el avance de la técnica debe ser utilizado por el hombre y ponerse a su servicio, no basta que crezca el conocimiento y poder sobre el mundo si no se cultiva la humanidad, si el mismo hombre no crece, aprendiendo a conocerse mejor. Algo terrible sucede cuando el ser humano, disponiendo cada vez de más poder, dispone menos de sí mismo. He aquí una clave para entender lo que es el desarrollo sostenible: no tanto un desarrollo lento o prudente, sino el desarrollo que va a la par con el crecimiento de la persona en todas sus dimensiones.

Es verdad que la Modernidad pensaba también en perfeccionar moralmente el individuo. Se confiaba en el rayo luminoso de la razón, que convencería al sujeto internamente para alzarse cada vez a mayor altura. Para madurar bastaba emanciparse, atreverse por fin a llegar a la edad adulta, dejando aparte la figura paterna. Podríamos resumir este ideal diciendo que el hombre moderno rechazó la idea de generación: nadie nos engendra a la madurez humana; la madurez consiste en autogenerarse. El ideal se basaba en una visión autónoma del sujeto.

Se encuentra aquí, tal vez, la clave del estancamiento que han experimentado, a la larga, los tiempos modernos. El individuo aislado, separado de las relaciones con la tradición, con la natura, con sus descendientes, ha terminado siendo muy limitado e insuficiente. Mientras el progreso de la técnica se hacía siempre más complejo, relacionando más elementos de la vida, el hombre se aislaba progresivamente. La crisis del

---

<sup>3</sup> Cf. R. Spaemann, "Ende der Modernität?", en R. Spaemann, *Philosophische Essays. Erweiterte Ausgabe*, Reklam, Stuttgart 1994, 232-260.

<sup>4</sup> Cf. Benedicto XVI, Encíclica *Spe salvi*, 22.

medio ambiente, que nos recuerda la unidad del género humano, muestra que es imposible confiar en el desarrollo aislado del individuo. Un progreso sostenible habrá de ser un progreso relacional, en que crezca la capacidad comunicativa del hombre, en que este entienda que no puede ser bueno solo desde sí mismo.

Es una paradoja de los tiempos modernos que se haya abandonado la figura paterna de Dios como único modo de alcanzar la madurez, el tiempo del adulto; y se haya terminado por estancarse en la adolescencia perpetua. Y es que eliminar la paternidad, rechazar nuestra generación a partir de otro, implicaba también reconocerse incapaces de generar. Y la generación es, precisamente, el único modo en que el futuro se hace nuevo y no repetitivo. Desde este punto de vista la secularización, al alejar a Dios del mundo, se convertía a la larga en límite, en obstáculo para el desarrollo. Karol Wojtyła nos ha dejado un retrato de esta tragedia moderna en su modo de describir a Adán, cuyo pecado no es tanto querer ser grande, como no atreverse a serlo de verdad: rechazar el reto de una paternidad que obliga a cargar sobre sí el destino de otros<sup>5</sup>.

La caída de la fe en el progreso ha traído la postmodernidad. Se trata del tiempo en que el futuro, de nuevo, queda abierto de par en par, sin ofrecer ninguna orientación a nuestros pasos. Más aún, se verifica que es imposible crear un futuro nuevo: vivimos el tiempo de los micro-relatos, en que toda narración que anuncia lo venidero se describe como totalizadora y opresora del individuo. Tenemos un signo en el uso del prefijo *post* para describir nuestro tiempo. Aunque esto parecería indicar una mirada al futuro, en realidad termina definiendo todo a través de lo pasado: es lo *post-moderno*, lo *post-cristiano*, hasta llegar a lo *post-humano*... En este último adjetivo la locura del progreso parece haber llegado a su culmen, pues el hombre quiere, contando solo consigo, superarse a sí mismo. El filósofo alemán Hans Jonas ha descrito así la situación: cuando la brújula se identifica con la proa del barco, la situación es desesperada<sup>6</sup>.

Todo esto nos conduce a un resultado: podría parecer que el problema cultural de nuestro tiempo es la ruptura con las tradiciones y, de este modo, el

---

<sup>5</sup> Cf. K. Wojtyła, «Raggi di paternità», in *Fratello del nostro Dio e Raggi di Paternità. Drammi*. Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 1982.

<sup>6</sup> Cf. H. Jonas, “Seventeenth Century and After: The Meaning of the Scientific and Technological Revolution”, en H. Jonas, *Philosophical Essays: From Ancient Creed to Technological Man*, 45-80.

deseo de una absoluta novedad. La verdad, sin embargo, es muy otra: nuestro tiempo ha perdido el futuro, se ha estancado, no es capaz ya de comenzar nada nuevo... Es el tiempo del aburrimiento que, como señala Thomas Mann en *La Montaña Mágica*, es a la vez inmensamente largo (pues parece que no avanza) e inmensamente corto (pues cuando lo recordamos no queda nada de él). Ocurre como si los mensajeros que el príncipe de Buzzati mandara por delante, encargados de regresar cada vez que encontrasen algo nuevo, fueran tardando cada vez más en volver, por falta de verdaderas novedades, dejando al héroe del relato cabalgar sin noticias del pasado ni del futuro.

Este diagnóstico es grave, porque el desarrollo, la mirada al futuro, la confianza en que el porvenir será mejor, es decisiva en la vida del hombre. Sin perspectiva del porvenir, sin poder anticiparlo, sin respirarlo de antemano, el hombre se asfixia. Hobbes ya lo había intuido, cuando definía al hombre *etiam fame famelicus futura*<sup>7</sup>, hambriento incluso del hambre futura. Y Julián Marías lo recuerda con un estudio de la palabra “ilusión”, que en español significa (y en esto hace excepción entre todas las lenguas), no solo lo ilusorio, sino lo que nos proyecta al porvenir, lo que abre horizontes positivos, lo que permite preguntar el futuro<sup>8</sup>.

Si los caballeros que el príncipe de Buzzati enviaba al futuro no pueden ser los del progreso técnico; si no son tampoco las fuerzas del sujeto aislado que confía en auto-superarse... ¿hay otros jinetes que puedan servirnos para vislumbrar los destellos lejanos? Los vamos a encontrar precisamente en esa relación olvidada por el hombre moderno: la paternidad.

## 2. Padres e hijos: generación y desarrollo

Existe una experiencia humana que es el modo originario de referirse al futuro, y cuya ausencia encontramos en las mismas raíces de la crisis moderna. Se trata de la experiencia de generación, que se custodia en la vida familiar. Si hay mensajeros que vienen del futuro estos tienen que parecerse a los hijos, quienes parecen llevar en el rostro las huellas del porvenir. “Los hijos no trabajan”, decía Charles Péguy, “pero no se trabaja sino por los hijos”<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> Th. Hobbes, *De homine* X, 3.

<sup>8</sup> Cf. J. Marías, *Breve tratado de la ilusión*.

<sup>9</sup> Cf. Ch. Péguy, *Le porche du mystère de la deuxième vertu*, Gallimard, Paris 1954, 30.

En efecto, ya hemos visto que el individualismo es, a largo plazo, estéril, incapaz de producir nada que nos lleva más allá del sujeto. Vamos a plantear, por eso, otro modelo de progreso que tiene su base en la experiencia de engendrar. En ella aprendemos que nuestra vida ha comenzado en otro; y entendemos también que la acción humana es capaz de un comienzo asombrosa y radicalmente nuevo: la generación de un nuevo ser. Solo aceptando este principio más originario, a la raíz de nuestra acción, podemos descubrir la clave del verdadero desarrollo.

En el origen de la vida de todo hombre se encuentra una generación, por la que vino al mundo. Como ha recordado Hannah Arendt, citando a San Agustín: el hombre fue creado para que hubiera un inicio<sup>10</sup>. Arendt señala que este “inicio” es el nacimiento, principio originario de todo desarrollo: aquí yace el secreto de toda acción propiamente humana, que no es mero trabajo animal ni tarea repetitiva. Se trata de una novedad que no tiene la base en el ser del individuo, sino en la relación que le ha dado la vida. Por eso Benedicto XVI habla del desarrollo siempre en relación a una llamada, a una vocación.

Porque hemos sido engendrados, porque al llegar al mundo empezamos algo nuevo, tenemos capacidad de desarrollo, de generar novedad en el mundo. Aquí se encuentra la clave de una forma distinta de mirar al futuro, de anticiparlo. Y así, por ejemplo, los padres, al engendrar, abren una línea de crédito infinita para su hijo, porque lo aceptan de antemano, sin saber cómo será, qué dificultades traerá, cuánto exigirá de ellos. Es algo que se ve muy bien en las familias con hijos minusválidos. Por otro lado, los padres, al engendrar un hijo, cambian su forma de mirar al futuro último, el de la muerte. Esta, por un lado, pierde su carácter último, pues la vida del padre se prolonga en el hijo. Por eso se la puede mirar ahora de modo nuevo, pues se está dispuesto a asumirla, a donar la vida si esto fuera necesario para salvar al hijo.

Ahora bien, esta visión de la generación no soluciona todavía la cuestión del desarrollo. Pues la experiencia de ser padre está abierta hoy a muchos malentendidos. Nuestro siglo ha transformado radicalmente lo que significa generar. Como muestra el estudio de Marcel Gauchet, *El hijo del deseo*, en nuestro tiempo el hijo es fruto solo del deseo individual; ya no depende de otros factores superiores al querer del individuo, como la

---

<sup>10</sup> Es la tesis de H. Arendt, *The Human Condition*.

tradición, la naturaleza, el amor<sup>11</sup>. Podríamos añadir, con la visión más profunda de Gabriel Marcel: ya no depende de una alianza fundamental entre el hombre y la vida.

Según esta concepción, la generación queda reducida al querer del individuo. El futuro toma la forma del hijo, pero solo para proyectar nuestro deseo de un mundo sin conflictos, sin las complejidades de la vida adulta. Por eso ha podido decir R. Spaemann que la fecundación *in vitro* cambia el modo en que vivimos el tiempo: reduce el comienzo que el hombre es, la novedad de su inicio, a un acto de voluntad de otra persona, de otro individuo que, por considerarse autónomo, nunca puede ir más allá de sí<sup>12</sup>.

Para evitar las paradojas de este “hijo del deseo” es necesario encontrar los parámetros en que se sitúa la generación. Gauchet comenta que hoy no es la familia la que hace al hijo, sino el hijo el que hace la familia. Hay familia donde hay hijo, y hay hijo donde hay deseo de hijo; por lo que hay familia donde hay deseo de familia. De este modo la familia se reduce al deseo privado del individuo, que toma múltiples formas y puede definirse como se quiera. Es esta una visión unilateral que no puede sostenerse y que conduce a una falta de realismo sobre el futuro. Es necesario por eso situar de nuevo la generación en parámetros más amplios, entendiendo sobre todo que quien genera no es nunca el individuo aislado, sino el hombre relacional, abierto al encuentro y al vínculo social. El hijo es siempre un bien común, un bien generado en común y que acomuna a quienes lo generan. Esto sucede, en primer lugar, en relación al matrimonio. Sucede, en segundo lugar, en el contexto de la sociedad entera, en sus distintos niveles de desarrollo.

### **3. Hombre y mujer: solo en relación se puede generar**

La paternidad nos conduce a la relación *hombre – mujer*, que aporta algo indispensable al desarrollo de la sociedad. Solo a partir de la unión de lo masculino y lo femenino es posible la generación. Así como nadie se autogenera, puede decirse también: nadie genera por sí solo. La fecundidad, el fruto, aparece como algo que supera la suma de las partes, que lleva a los individuos más allá de sí. Platón había llamado al *eros* dios alado, usando el juego de palabras *eros – pteros* (amor – ala). Banalizar la sexualidad, cortarles al amor sus alas, es privarse de una fuerza primordial de desarrollo, que hace

---

<sup>11</sup> Cf. M. Gauchet, *Il figlio del desiderio. Una rivoluzione antropologica*, Vita e Pensiero, Milano 2009.

<sup>12</sup> Cf. Spaemann, “Ende”, op. cit.

salir al individuo del yo aislado para lanzarle a esferas más altas, superiores a sí.

Este “más” del amor, el plus que introducen las relaciones, se niega en algunas formulaciones de la teoría de género, que pueden muy bien servir de contraste para ilustrar lo que se quiere decir. Pienso concretamente en una frase del discurso inaugural del actual presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, en su segundo mandato. Allí, planteando la necesidad de reformas que favorezcan el matrimonio entre homosexuales, afirma: “todos los hombres son creados iguales; y como todos los hombres son iguales, así todos los amores son iguales”. La falacia de este razonamiento es que reduce la relación a la persona: si los hombres son iguales, los amores serán iguales. Es como si en el amor no pudiera haber nada que supere al individuo, como si el amor fuera simplemente un acto individual. Queda en la sombra, así, la capacidad creativa del amor. Ahora bien, este es precisamente el misterio del amor, que no todos los amores son iguales, porque el amor es más que el individuo, porque en el amor se da un plus, un crecimiento, una sinergia.

El amor puede llevar al hombre más allá de sí mismo, tiene esta capacidad creativa. La pregunta clave consiste en considerar qué amores son generativos, y cuáles son las realidades que generan, cuál es el fruto que dan. La generatividad del amor depende, sobre todo, de los bienes que se comparten en él. Por eso no es igual el amor entre un padre y un hijo, en que se ha transmitido la vida; y el amor entre dos amigos, que generarán otras riquezas pero no darán nunca el don primero de existir. Se podría decir que cada relación tiene una fuerza distinta de desarrollo. El ejemplo del vínculo padre – hijo nos invita a considerar la relación hombre – mujer, lugar donde se genera la vida; entendemos que ambos comparten algo único, su ser hombre y mujer, que es fuente de una singular riqueza. Los vínculos familiares, que nacen en torno al matrimonial, testimonian singularmente esta capacidad generativa; nos dan así una clave para entender la cuestión del desarrollo.

Este “más” del amor se revela, en primer lugar, en la capacidad de hombre y mujer para englobar en sí la naturaleza, el cosmos entero, a través del cuerpo sexuado. De este modo lo natural puede integrarse en la historia de la persona. Tenemos en la relación hombre – mujer el modelo de cómo puede darse un desarrollo que no solo respete la natura, sino que vea en ella un potencial de crecimiento. El Cantar de los Cantares nos ha dejado un ejemplo de esta inclusión del mundo natural en el amor humano: todo es símbolo del amor de los esposos que, a su vez y solo así, se hace símbolo del amor divino.

Se entiende de este modo que la receptividad es la fuente primera de progreso: podemos progresar porque bebemos de una fuente de vida más primitiva.

Desde este punto de vista el lenguaje de nuestro cuerpo no es un límite a nuestra libertad. Al contrario, cuando olvidamos el cuerpo nos paraliza una incapacidad para generar, para dar vida. Rechazar el cuerpo como realidad dada no nos abre el futuro, sino que nos lo cierra, porque le priva de su carácter generativo. Lejos de ver en la generación algo animal, no digno del hombre, resulta que en la procreación de los hijos es donde mejor se revela lo humano, donde el hombre aparece como capaz de tradición, de educar, de transmitir una herencia.

Que el amor lleva a los esposos más allá de sí queda reflejado además en un acto propio suyo: la promesa que abarca toda la vida y que puede justificarse solo si su unión es mayor a la suma de sus voluntades. Pues nadie podría prometer para siempre desde sí mismo, ya que nadie posee el secreto de su futuro. El “más” que contiene el amor hace posible entregar la totalidad de la vida.

El matrimonio se presenta a esta luz como manantial de pacto social, un pacto que dura y que permite el desarrollo. Las relaciones líquidas, relaciones en continuo cambio, estancan la sociedad en el capricho del individuo. Todas las legislaciones reconocen, implícitamente, este valor de la promesa: no hay ninguna propuesta legislativa de un amor a plazo fijo, aunque se reconozca la posibilidad del divorcio. Aquí no se habla ya del tiempo relativo de cada uno, sino que hay un tiempo común, un relato que engloba la vida de toda la familia, y se hace posible entonces proponer también un relato común para la comunidad, la sociedad, el mundo. Aprendemos así que el secreto de todo crecimiento, de toda novedad, está en las relaciones estables entre las personas. Solo la fidelidad engendra futuro. Mientras sigamos anclados en una mirada individualista del hombre, el progreso será ilusorio. En las relaciones está la clave de la *sinergia*, en ellas surge una chispa nueva, la chispa del “más”, del crecimiento a que nos conduce el amor.

#### **4. Desde la familia, el desarrollo social**

El matrimonio no puede vivir aislado, necesita de la sociedad para su existencia. Del mismo modo, tampoco genera aislado a sus hijos, sino que ha de contar, para ello, con toda la sociedad, igual que no puede enseñar a hablar a sus hijos sino contando con el lenguaje común de su cultura. A partir de aquí



se abren distintas áreas que iluminan la visión de un desarrollo integral y sostenible.

#### **4.1. Desarrollo educativo**

Nuestra época, privada de futuro, incapaz de imaginárselo, ha encontrado una solución, según asegura Marcel Gauchet, en el culto al niño imaginario<sup>13</sup>. El niño representa el futuro ideal, sin dificultades, sin maldad, en que el individuo es exaltado en sí mismo, en que se acabaron las fricciones y enfrentamientos sociales. Gauchet denuncia aquí un problema: la idealización del niño que, al final, no tiene en cuenta su realidad, su necesidad de crecer y de forjarse en contraste con el ambiente.

Estamos así ante la paradoja de la educación moderna, que nace de no reconocer las relaciones como clave para entender a la persona. Se orienta la educación, de este modo, hacia la plena autonomía del individuo. La paradoja es que, para educar al niño, hay que hacerle depender; este tiene que tomar parte en muchas decisiones que él no puede adoptar por sí solo, empezando por la de aprender una lengua. Se quiere conducir al niño hacia la total autonomía y para ello hay que hacerle pasar por la total dependencia, que se aumenta cuando el hijo es visto solo como proyección del deseo de los padres.

En realidad, se puede engendrar solo cuando el hijo es mayor que el deseo de los padres, cuando porta en sí una promesa que es la promesa misma de la vida. De otra forma el hijo queda reducido a una prolongación del querer paterno. Por eso es necesario en los padres una receptividad originaria, una apertura al asombro de la existencia y una confesión de su bondad básica. Sin ella la generación se hace, en realidad, irresponsable, porque incapaz de dar cuenta al hijo de por qué se le ha traído a la vida. Vienen a la mente las palabras del poeta español, que reflejan plenamente la crisis a que se llega cuando se olvida la alianza primordial con la vida que toda generación supone: “perdonadme hijos míos si os di la existencia / en un ciego minuto de placer / tal vez presentáis el dolor de la vida / y por eso llorabais al nacer”.

El desarrollo educativo necesita romper con esta visión del individuo aislado y de una educación para la mera autonomía. Es necesario para ello un modelo educativo que integre plenamente la familia, y en la que lo central no sea la autonomía de la persona, sino el reconocimiento, agradecido y libre, de

---

<sup>13</sup> Cf. Gauchet, *Il figlio*, op. cit.; cf. J. Granados – J.A. Granados, *La alianza educativa: introducción al arte de vivir*, Burgos, Monte Carmelo 2009.

una relación originaria, del don de la vida. La persona crece más cuanto más ahonda en los vínculos, no cuanto más se libera de ellos. Es posible entonces una educación que integre toda la persona, enseñándola a responder al amor (educación en virtudes, y no solo en valores). La educación se ve entonces como una nueva generación del hijo, que es ahora engendrado en libertad, engendrado con su misma colaboración.

#### ***4.2. Desarrollo y bien común***

Para explorar la apertura de la relación *hombre – mujer* al bien común, podemos escoger una experiencia básica generada en la familia: la fraternidad. El tiempo moderno ha insistido en la fraternidad a expensas de la paternidad y maternidad. Hay sin embargo un nexo estrecho entre ambas. Ser hermanos es depender del mismo origen, es entender que el origen no se agota en mí, que puede dar más vida. Sin esta conexión con el origen, sin una memoria común, la hermandad es ficticia y, a la larga, estéril. El otro es visto como obstáculo, como límite a mi acción, y no como oportunidad de crecimiento.

El fracaso de la fraternidad se recoge en la historia de Caín y Abel. Caín mata a Abel porque es incapaz de ver que la bendición de Abel es bendición también para Caín; que cuando Dios acoge los dones de su hermano, lo hace para acogerle a él también, que es su guardián. El esquema se repite en otras parejas de hermanos, como Esaú y Jacob. Queda siempre claro que Dios tiene solamente una bendición. Y no porque Dios sea tacaño, sino porque quiere bendecir siempre en comunión. Los hermanos saben que son diferentes, y que cada uno tiene dones únicos; pero ha de saber que esos dones de su hermano no le son ajenos, que le enriquecen también a él, como dice San Agustín de los santos: lo que tienen en otro, lo tienen ellos también.

De este modo la fraternidad me revela un plus de la existencia, un más, un fruto. Caín mata a Abel en el campo, es decir, como explican los Padres de la Iglesia, en un lugar falto de fruto; y edifica una ciudad por miedo, para que las leyes le protejan de la envidia, para evitar la muerte. La otra ciudad, la de Dios, no comienza con el miedo ante el hermano, sino con el gozo de saber que el hermano es parte de mi bendición. Hay aquí una mirada generativa, como reflejó Dante en el Paraíso con la imagen de los espejos: cada hermano, como cada espejo que refleja la luz, es luz para mí, se suma a las bendiciones recibidas del Padre. Un verdadero desarrollo solo puede surgir a partir de esta mirada sobre el hermano como bendición. Puede progresar solo quien ve en el

hermano una bendición, una oportunidad para la acción sinérgica, una ocasión de crecimiento.

La hermandad nos enseña también, junto con las demás relaciones familiares, que el desarrollo no es nunca rectilíneo, recto, sin arrugas. La Biblia nos muestra continuamente el conflicto fraterno, como si la unión fuera posible solo a través de un camino de lucha y vencimiento. Eso implica que, dentro del progreso hace falta el perdón, la reconciliación, que el desarrollo es solo posible si hay una base firme de confianza, si se puede acudir a un principio originario, a un origen común de los hombres.

#### ***4.3 Desarrollo económico y familia***

Tampoco la visión del desarrollo económico puede desvincularse del desarrollo propio de la familia. Nos ayuda a verlo el testimonio bíblico. Es interesante sobre todo el vínculo de trabajo y generación. El trabajo humano, la capacidad para someter la tierra se asimila, precisamente, a una generación. Sabe trabajar, recibe la bendición de la tierra, quien entiende el secreto de la generación y educación de los hijos.

Esto se entiende en primer lugar a través de la perspectiva contraria, la de la explotación de la tierra, que es propia de la idolatría. La idolatría consiste en entender de modo equivocado el desarrollo del hombre, de modo que el trabajo se haga autónomo, cerrado en sí. Por eso lleva consigo la negación del sábado, del día de descanso, en que se reconoce que la fecundidad de la tierra viene de Dios. El idólatra es trabajador: fabrica un ídolo y, al hacerlo, toma el lugar del Creador, como si él fuera capaz de un inicio absoluto. Pero todo acaba en vana esterilidad, pues el ídolo tiene ojos y no ve, oídos y no oye. Es más, el hombre termina hecho esclavo del ídolo, de la obra de sus propias manos, en un círculo perverso, adorando lo que él ha hecho. El progreso se hace imposible, pues el ídolo es un espejo en que el hombre se mira para adorarse a sí mismo, para adorar su propia producción. Puede servir de imagen el movimiento mecánico del Satanás, prisionero de sí mismo, que habita el fondo del infierno dantesco.

Otra ilustración aparece en la historia del Faraón en Egipto, que acaba con la vida de los niños hebreos y, al mismo tiempo, exige más resultados con menos materiales. En vez de hijos prefiere esclavos que le sirvan y que produzcan más. La trayectoria termina en las aguas, que son aguas de destrucción, no de nacimiento. El progreso solo es posible para Israel, en

cuanto puede renacer de las aguas, porque ha respetado la ley del nacimiento. Lo maravilloso de la fecundidad es la capacidad de ir más allá de sí. Por eso los rabinos podían ver la historia como una ascensión continua, según el verso del salmo: “Irán de altura en altura hasta ver a Dios en Sión...” Las alturas eran los distintos protagonistas de la historia de salvación, desde Abrahán, Moisés, David... Cada uno supera al anterior, de altura en altura, porque crece sobre una herencia y se dirige a una promesa desbordante.

Esta visión ilustra nuestra situación contemporánea, en relación con la crisis económica. En realidad, el verdadero desarrollo sostenible será eficaz solo cuando se deje de lado el individualismo que busca beneficios aislados para cada sujeto. Se entiende desde aquí el intento por desarrollar una economía que una los beneficios a la creación de vínculos, de forma que se apoye siempre en valores compartidos<sup>14</sup>. Los beneficios son legítimos, pero su aumento ha de unirse siempre a relaciones más sólidas. Incrementar el nivel de vida sin incrementar la riqueza de las relaciones, conseguir beneficios sin que aumente la conciencia del don gratuito y de la llamada a dar, lleva siempre a un desarrollo no sostenible. Y la experiencia viva de esta verdad se da solo dentro de la familia.

Añadamos que el desarrollo sostenible se apoya sobre el vínculo entre las generaciones, que solo sucede a partir de la familia. Lo sostenible es lo que permite la transmisión de una vida y una tradición de los padres a los hijos. Sin estos vínculos, acaban surgiendo problemas como los que muestra la crisis del estado de bienestar en Europa (donde los hijos aseguran el futuro de los padres, en vez de ser los padres quienes abren el futuro a los hijos). Si no se genera, entonces tampoco hay preocupación verdadera por el porvenir.

#### ***4.4. Familia, desarrollo, secularización: solo quien tiene a Dios tiene futuro***

Termino con un elemento crucial para entender todo lo anterior, y que está inscrito en la idea de generación desde sus raíces bíblicas: se trata de la importancia de la pregunta sobre Dios para el desarrollo. Benedicto XVI ha descrito así la verdadera elección en la vida del hombre: o se acepta ser engendrado por otro; o uno se quiere engendrar a sí mismo<sup>15</sup>. La Modernidad ha trabajado sobre el supuesto de que Dios impedía el progreso; el verdadero

---

<sup>14</sup> Cf. S. Kampowski - G. Gallazzi, *Affari, siete di famiglia?*, Cantagalli, Siena 2013.

<sup>15</sup> Benedicto XVI, *Discurso a la curia romana*, Diciembre 2012.

avance consistiría en superar el estadio religioso. Eliminar la paternidad divina haría finalmente del hombre un ser adulto.

Esto es precisamente lo contrario de lo que atestigua la historia del concepto de progreso. El primer pueblo que concibe la historia como progreso, que se aleja del esquema repetitivo de las estaciones, es Israel, para quien el desarrollo depende precisamente de la presencia y acción de Dios. El tiempo existe en la Biblia, no porque el hombre se mueva hacia Dios, sino porque Dios se mueve al hombre, porque actúa en medio de la historia sembrando una promesa en la experiencia humana. Si esto ha sucedido, si en el origen del tiempo está una acción de Dios, entonces ningún momento puede repetirse, porque Dios es inmensamente grande y joven, y no cabe en Él rutina ni tedio. El pasado pasa a ser un tesoro de transcendencia, y también el futuro: en el mañana se esconde lo nuevo, porque Dios ha hecho al Pueblo una promesa, y esta promesa, viniendo de Dios, superará toda expectativa.

Dios aparece así como un Dios generativo, el Dios que hace posible la novedad. Dios es el Dios que viene; el futuro es suyo, es el tiempo de su aparición. Al perder a Dios de la vida pública, al actuar como si Dios no existiese, se ha perdido una particular fuerza de desarrollo. La religión introduce en la vida la capacidad de percibir las promesas del “más”, de que la existencia siempre da más de sí. No extraña, en este sentido, que se pueda constatar una relación estrecha entre familia y fe en cuanto ambas, ancladas en la experiencia de una generación, son los lugares propios en que se genera el futuro.

Surge de aquí una consecuencia para la pastoral de la Iglesia. Para ser fuente de desarrollo evangelizador, debe contar con la familia. La fecundidad del evangelio se edifica sobre la fecundidad familiar, pues consiste en el anuncio de un nacimiento. Es este un concepto básico del cristianismo, que confiesa a Dios Padre, engendrador del Hijo; que anuncia su nacimiento de María y su definitivo nacimiento pascual; y que percibe el desarrollo de toda la historia como un gran nacimiento, en que la creación, expectante, gime con dolores de parto (cf. Rom 8).